

de gitanas, mantas de catalanes, hojas de Toledo apoyadas en la pared, capas, fajas y vestidos de colores arlequinescos.

El tren avanzaba por entre las rocas de Sierra Morena, que separa el valle del Guadiana del valle del Guadalquivir, y es famosa por cantos de poetas y hazañas de bandoleros. El camino va encajado algún tiempo en dos paredes de piedra cortadas á pico, tan altas que para ver la cúspide se necesita sacar toda la cabeza y volverla enteramente hácia arriba. En otros puntos están las rocas más distantes, y sobresalen como á porfía; las primeras en forma de pedruscos desmoronados, las últimas derechas, sutiles, semejantes á torres atrevidas que se elevan sobre desmesurados bastiones: en medio un amontonamiento de masas cortadas á manra de dientes, de escalones, de crestas, de jorobas; aquí suspensas casi en el aire, allá separadas por cavernas profundas y precipicios espantosos, que presentan una confusión de formas caprichosas, bosquejos fantásticos de edificios, figuras gigantescas y ruinas, y ofrecen á cada paso mil perfiles y aspectos no aguardados: sobre esta variedad infinita de formas, una infinita variedad de colores, de sombras, vibraciones y reflejos de luz. A derecha, á izquierda, en lo alto, no se ve durante largo espacio más que piedra, sin una casa, ni un sendero, ni un palmo de tierra en que pueda fijarse la planta del hombre: á medida que se adelanta, rocas, barrancos y precipicios se ensanchan, profundizan y elevan hasta el punto

culminante de la Sierra, donde la soberana majestad del espectáculo arranca un grito de asombro.

Allí se detuvo el tren algunos minutos, y todos los viajeros se asomaron á las ventanillas.

—Por esta parte,—dijo uno en voz alta,—iba saltando de risco en risco el *Roto* de la mala figura para cumplir su penitencia.

(Cardenio, uno de los más notables personajes del *Quijote*, que saltaba en camisa por las piedras para hacer penitencia de sus pecados.)

—Yo quisiera,—continuó el viajero,—que á Sagasta le obligaran á hacer lo mismo.

Echáronse todos á reír, y no sólo á reír, sino á buscar cada uno por su cuenta un hombre político de nota á quien imponer con la imaginacion aquel castigo: propusieron á Serrano, á Topete y á otros; de suerte que si se hubieran satisfecho sus deseos, en pocos minutos se habria visto toda la sierra poblada de ministros, generales y diputados en camisa.

Volvió el tren á ponerse en marcha, desaparecieron las rocas, y el delicioso valle del Guadalquivir, el jardin de España, el eden de los árabes, el paraíso de los pintores y de los poetas, la bendita Andalucía, se apareció á mis ojos. Aún recuerdo la sacudida de juvenil alegría con que me lancé á la ventanilla, diciendo para mis adentros:—Gocemos!

En largo espacio no ofrece la campiña ningun nuevo aspecto á la curiosidad ardiente del viajero. Por Vilches se extiende una vasta llanura, y más

allá el campo raso de Tolosa, donde Alfonso VIII, rey de Castilla, ganó al ejército musulman la celebrada victoria de las Navas. Bajo un cielo limpidísimo se veían en lontananza los montes de la Sierra de Segura. De improviso hice uno de aquellos movimientos rápidos que parecen obedecer á sensaciones interiores de asombro: los primeros aloes de anchas hojas carnosas, inesperados avisos de la vegetacion de los trópicos, se alzaban á uno y otro lado del camino. Luego comenzamos á cruzar campos cuajados de flores, que más adelante estaban ya casi cubiertos, y al fin vastas extensiones de terreno enteramente vestidas de amapolas, margaritas, primaveras y ranúnculos, de modo que la campiña va ofreciéndose á los ojos como una sucesion de inmensos tapetes de púrpura, oro y nieve: á lo lejos, en medio de los árboles, innumerables fajas azules, blancas y amarillas que corta el horizonte; junto al camino, en las hondonadas, al pié de los terraplenés, sobre la escarpa y sobre el terraplen mismo, flores y más flores en mil maneras diversas, agrupadas á guisa de grandes ramilletes, temblando en lo alto de sus delgados tallos, que casi se tocan con los dedos; más allá superficies ondulantes del dorado grano de gruesísimas espigas, cercadas con largos setos de rosales; despues bosquecillos de naranjos, extensos olivares, colinas variadas con cien matices de verde, cubiertas de casitas multicolores, coronadas de antiguas torres moriscas; y entre colina y colina, puentes blancos y gentiles que cabalgan sobre arroyuelos escondidos por los árboles. En el horizonte

aparecen las altas cimas de Sierra Nevada; bajo aquella faja blanca, otras fajas azules y ondulantes de las montañas más cercanas; la campiña de más en más variada y florida; Arjonilla, en medio de un bosque de olivos cuyos límites se pierden; Pedro Abad, sobre una llanura cubierta de viñedos y árboles frutales; las Ventas de Alcolea, en las últimas alturas de la Sierra Morena, pobladas de quintas y jardines. Se acerca Córdoba, el tren vuela, se ven las pequeñas estaciones medio escondidas por árboles y flores, el viento trae las hojas de las rosas dentro de los coches, grandes mariposas revolotean tocando las ventanas, un perfume delicioso se esparce por los aires, los viajeros cantan, se recorre un jardín mágico, menudean los aloes, los naranjos, las palmeras y las quintas; se oye un grito: ¡Córdoba!

¡Cuántas imágenes hermosas y grandes recuerdos se despiertan en la memoria al sonido de este nombre!

Córdoba, la antigua perla de Occidente, como la llaman los poetas árabes; la ciudad de las ciudades; Córdoba, la de los treinta arrabales y las tres mil mezquitas, que encerraba entre sus muros el templo más grande del Islam! Su fama se extendía por Oriente, y oscurecía la gloria de la antigua Damasco. Desde las regiones más apartadas del Asia venían los fieles á las orillas del Guadalquivir, para postarse en el Mihrab maravilloso de su mezquita, al resplandor de las mil lámparas de bronce fundidas

con las campanas de las catedrales españolas. Corrian los artistas, los doctos, los poetas de todas partes del mundo mahometano á sus escuelas florecientes, á sus bibliotecas inmensas, á las córtes magníficas de sus Califas. Afluían los ricos y las hermosas, traídos por la fama de su esplendor. Y desde allí se derramaban ávidos de saber á lo largo de las costas de Africa, por las escuelas de Túnez, del Cairo, de Bagdad, de Cufa, y hasta la India y hasta la China, para recoger libros, inspiraciones y memorias; y las poesías cantadas á la falda de Sierra Morena volaban de cedro en cedro hasta los valles del Cáucaso, excitando el ardor de los peregrinos. La bella, la poderosa, la sápiente Córdoba, rodeada de tres mil caseríos, ostentaba altivamente sus blancos minaretes entre bosquecillos de naranjos, y derramaba en torno por el divino valle áuras voluptuosas de gloria y de alegría.

Bajo del tren, atravieso un jardín, miro alrededor: estoy solo. Los viajeros que bajan conmigo han desaparecido por opuestos lados; oigo todavía el ruido de un coche que se aleja; despues todo enmudece. Es medio dia, el cielo purísimo, abrasador el aire. Veo dos casitas blancas: es la embocadura de una calle; entro en ella, sigo adelante. La calle está desierta, y las casas son pequeñas como los pabellones que se alzan sobre las colinas artificiales de los jardines: las más de ellas de un solo piso, con las ventanas á pocos palmos del suelo, los techos que casi se tocan con el baston, las paredes blanquísi-

mas. Doblo la calle, miro, no veo á nadie, no siento un paso ni una voz. Será una calle abandonada, digo. Tomo otra calle: casitas blancas, ventanas cerradas, soledad, silencio. ¿Dónde estoy? me pregunto. Paso adelante: la calle, estrecha que no la puede atravesar un carruaje, serpentea, y á derecha é izquierda se ven otras calles desiertas, otras casas blancas, otras ventanas cerradas; resuenan mis pasos como en una galería; el blanco de las paredes es tan vivo, que hasta su reflejo me ofende, y me obliga á andar con los ojos entornados; parece-me caminar sobre la nieve. Llego á una plazoleta: todo cerrado y solitario. Entónces comienza á penetrar en mi corazón un sentimiento de vaga melancolía no probada jamás en lo pasado; una mezcla de placer y de tristeza, semejante á aquella que experimentan los muchachos cuando despues de larga carrera llegan á un lindo sitio campestre, y en él se reparan y se alegran, mas con el temor de haberse alejado demasiado de su casa. Por encima de muchos techos se alzan las palmeras de los jardines interiores; oh leyendas fantásticas de odaliscas y de califas! Sigo adelante, de calle en calle, de plaza en plaza; comienzo á topar con alguno; pero todos pasan y desaparecen como fantasmas. Todas las calles se asemejan; las casas no tienen más que dos ó cuatro ventanas, y ni una mancha, ni una deformidad, ni un desconchon en las paredes, que son lisas y blancas como una hoja de papel. De rato en rato oigo un murmullo detrás de una persiana, y casi en el mismo momento veo asomar y desaparecer una

cabeza morena con una flor en las trenzas. Me asomo á una puerta...

Un patio! Cómo describir un patio! No es un *cor-tile*, no es un jardín, no es una sala; sino estas tres cosas á la vez. Entre el patio y la calle hay un vestíbulo. Por los cuatro lados del patio se alzan columnas sutiles, que sostienen á la altura del primer piso una especie de galería cerrada con anchas vidrieras; sobre la galería se extiende un toldo que da sombra al patio. El vestíbulo está enlosado de mármol; la puerta apoyada en dos columnas, coronada de bajo-relieves, cerrada por un fino cancel de hierro de caprichosísimo diseño. En el fondo del patio, en derecha á la puerta, surge una estatua; en medio, una fuente; alrededor, sillas, veladores de costura, cuadros y macetas. Corro á otra puerta: otro patio con las paredes cubiertas de yedra y una fila de nichos que contienen estatuas, bustos y jarrones. Me asomo á una tercera puerta: un patio con las paredes labradas en mosaico, una palmera en medio, y flores alrededor de la palmera. A una cuarta puerta: detrás del patio otro vestíbulo; detrás del vestíbulo un segundo patio, en el cual se ven otras estatuas, otras columnas y otras fuentes. Y todas estas salas y estos jardines son pulidos y limpios (tanto que se puede pasar la mano por las paredes y sobre el suelo sin que quede señal en ella), y frescos y aromáticos, y alumbrados de una luz dudosa que acrecienta su belleza y su misterio.

Adelanto todavía, de calle en calle, á la ventura. A medida que camino se aumenta en mí la curiosi-

dad, y apresuro más el paso. Me parece imposible que la ciudad haya de estar hecha toda de esta suerte; temo tropezar con una casa ó desembocar en una calle que me traigan á la memoria otras ciudades y rompan mi hermoso sueño. Pero no, el sueño se prolonga: todo es pequeño, gentil y misterioso. A cada cien pasos una plazoleta desierta, en la cual me paro conteniendo el aliento; de cuando en cuando una encrucijada, y ni ánima viva en ella; y siempre blanco, y todo blanco, y ventanas cerradas, y silencio. Por cada puerta un espectáculo nuevo: arcos, columnas, flores, saltos de agua y palmeras; una variedad maravillosa de dibujos, de tintas, luces y perfumes; aquí el aroma de las rosas, allá el de los naranjos, más allá el de las violetas; y con el perfume una ráfaga de fresquísimo aire, y con el aire un son dulce de voces de mujeres, de hojas que se mecen y pájaros que cantan; una armonía variada y suave, que sin turbar el silencio de la calle llega á los oídos como el eco de música lejana. Ah! no es un sueño. Madrid, Italia, Europa, están ciertamente á gran distancia de aquí. Aquí se vive otra vida, aquí se aspira el aire de otro mundo, aquí se está en Oriente.

Me acuerdo de que en cierto momento me detuve en medio de la calle, y, no sé cómo, advertí de improviso que estaba triste é inquieto, y que en mi corazón había un vacío que el asombro y el placer no bastaban á llenar. Sentía una necesidad imperiosa de penetrar en aquellas casas y en aquellos jar-

dines; de rasgar, por decirlo así, el velo de misterio con que se ocultaba la existencia de la gente desconocida que habia dentro; necesidad de participar de aquella existencia, de estrechar una mano, y de fijar mis ojos en dos ojos compasivos, y decir:—Soy un extranjero, estoy solo, quiero yo tambien ser feliz; dejadme estar en medio de vuestras flores, dejadme gozar de todos los secretos de este vuestro paraíso, decidme quién sois, cómo vivís, sonreídme, sosegadme, mi cabeza arde!—Llegó á tal punto esta tristeza, que me dije á mí mismo:—Yo no puedo seguir en esta ciudad, yo sufro, me marchó.

Y hubiera partido realmente, á no acordarme en buen hora de que tenia en el bolsillo una carta para dos jóvenes de Córdoba, hermanos de un amigo mio de Florencia. Abandoné el propósito de partir y corrí en seguida á buscarlos.

Cuánto hubieron de reirse así que les dije la impresion que me causaba Córdoba! Propusieronme ir sin pérdida de tiempo á ver la catedral, nos metimos por una blanca callejuela, y andando.

La mezquita de Córdoba, convertida en catedral despues de la expulsion de los árabes, pero mezquita siempre, fué alzada sobre las ruinas de la catedral primitiva, no léjos de las orillas del Guadalquivir. Abderraman comenzó su construccion el año 785 ó 786.—Edifiquemos una mezquita—dijo—que sobrepuje á la de Bagdad, á la de Damasco y á la de Jerusalem; que sea el templo más grande del Islam, y la Meca de Occidente.—Pusieron mano á la obra con grande ardor; los esclavos cristianos llevaban á

los cimientos las piedras de las iglesias destruidas; Abderraman mismo trabajaba una hora cada dia; levantóse en el espacio de no muchos años la mezquita; los Califas sucesores de Abderraman la embellecieron, y al cabo de un siglo de casi continuos trabajos vino á quedar terminada.

—Ya hemos llegado;—me dijo uno de mis dos huéspedes, deteniéndose de repente delante de un inmenso edificio.

Yo creí que fuese una fortaleza. Era el muro que ciñe la mezquita un viejo muro almenado, en el cual se abrian antiguamente veinte grandes puertas de bronce con bellísimos arabescos en los contornos y ventanillas arqueadas sostenidas por sutiles columnas: ahora cubierto por una triple capa de cal. Una vuelta alrededor de aquel muro de piedra es un paseo propio para despues de comer: júzguese por esto de las dimensiones del edificio.

La puerta principal de la tapia está á poniente en el sitio donde se alzaba el minarete de Abderraman, sobre cuya cúspide ondeaba el estandarte mahometano. Entramos: yo esperaba ver en seguida el interior de la mezquita, y me encontré en un jardin lleno de naranjos, cipreses y palmeras, ceñido en los tres lados por un pórtico ligerísimo, y cerrado en el cuarto por la fachada del templo. En medio de este jardin estaba en tiempo de los árabes la fuente de las abluciones, y á la sombra de estos árboles se recogian los fieles antes de entrar en la mezquita. Estuve algunos momentos mirando en derredor, y aspirando aquel aire fresco y embalsamado con un

sentimiento vivísimo de placer; latíame el corazón al pensar que la famosa mezquita estaba allí cerca, y á un tiempo mismo me sentí arrastrado á la puerta por inmensa curiosidad, y detenido en el jardín por no sé qué juvenil emoción.

—Entremos,—me decían mis compañeros.

—Todavía un momento,—contestaba:—dejadme saborear bien la dulzura de la espectación.

Por fin eché á andar, y sin mirar siquiera la maravillosa puerta que mis compañeros me señalaron, entré.

Qué cosa dije ó hice apenas hube entrado, no lo sé; pero ciertamente debió escapárseme alguna voz extraña ó debí hacer algún gesto más extraño aún, porque algunas personas que en aquel momento venían hácia mí se echaron á reír y de nuevo se volvieron á mirar en torno de sí, como para darse cuenta de la profunda sensación que yo había manifestado.

Imagináos una selva, y suponed que os encontráis en lo más espeso, y que no veis más que troncos de árboles. Así en la mezquita, de cualquier parte que uno se vuelva, la vista se pierde entre las columnas. Es una selva de mármol cuyo fin no se descubre. Se siguen con la vista una por una las larguísimas filas de columnas que á cada paso se cruzan con otras innumerables filas, y se llega á un fondo semi-oscuro, en el cual parece ver blanquear todavía otras columnas. Son diez y nueve naves que se alargan en la dirección de los pasos del que entra, atravesadas por otras treinta y tres, y sostenidas entre

todas por más de novecientas columnas de pórfido, de jaspe y mármoles de todos colores. Cada columna sostiene un pequeño pilar, y entre la una y la otra se encorva un arco, y un segundo entre pilar y pilar: éste sobrepuesto al primero, y ámbos de la forma de una herradura; de suerte que imaginando ser las columnas otros tantos troncos de árbol, los arcos representan las ramas, y la semejanza de la mezquita con una selva es completa. La nave de en medio, mucho más ancha que las otras, conduce á la Maksura, que es la parte más sagrada del templo, donde se adoraba el Corán. Aquí, desde las ventanas del techo, descende un pálido rayo de luz que alumbra una fila de columnas; allí hay un trozo oscuro; más allá descende otro rayo, que da claridad á otra nave. Es imposible expresar el sentimiento de místico asombro que se despierta en el ánimo á la vista de aquel espectáculo. Es como la revelacion inesperada de una religion, de una naturaleza y de una existencia desconocidas, que os arrebatá la fantasia para llevarla á las delicias de aquel paraíso lleno de amor y de voluptuosidad, donde los bienaventurados, sentados á la sombra de plátanos frondosos y de rosales sin espinas, liban en vasos de cristal los vinos chispeantes como perlas, servidos por donceles inmortales, y reposan en el seno de las amables virgenes de grandes ojos negros. Todas las imágenes del eterno placer que el Corán promete á los fieles, se os vienen agrupadas á la mente con la primera vista de la mezquita, vivas, ardientes, centellantes, y os producen una embriaguez mo-

mentánea y dulcísima, que deja en vuestro corazón no sé qué muelle melancolía. Un breve tumulto en la mente y una rápida chispa que recorre las venas: tal es la primera sensación que se experimenta al entrar en la catedral de Córdoba.

Comenzamos á girar de nave en nave, observando minuciosamente cada cosa. Cuánta variedad en aquel edificio que parece al principio tan uniforme! Las proporciones de las columnas, los dibujos de los capiteles, las formas de los arcos, cambian, si puede decirse, á cada paso. La mayor parte de las columnas son antiguas, y las arrebataron los árabes á la España del Norte, á la Galia y al Africa romana: alguna es fama que perteneciese á un templo de Jano, sobre las ruinas del cual fué construida la iglesia que los árabes derribaron para edificar la mezquita. Sobre varios capiteles se descubren aún señales de las cruces que habia en ellos esculpidas, y que los árabes rompieron á golpes de cincel. En alguna columna hay argollas clavadas, á las cuales se dice que sujetaban los árabes á los cristianos; y se señala una, entre otras, donde la tradicion popular narra haber estado sujeto un cristiano por espacio de muchos años; tiempo en el cual, á fuerza de rascar con las uñas, consiguió señalar en la piedra una cruz que los cicerones hacen ver con profunda veneracion. Llegamos á la Maksura, que es la obra más completa y maravillosa del arte de los árabes en el siglo X. Por delante hay tres capillas contiguas con la bóveda en arcos dentellados, y las paredes cubiertas de magníficos mosaicos que representan

grupos de flores y sentencias del Corán. En el fondo de la capilla del centro está el mihrab principal, el lugar sagrado donde residía el espíritu de Dios. Es un nicho de base octagonal, cerrado en lo alto por una colosal concha de mármol. Conservábase en el mihrab el Corán, escrito por la mano del califa Othman, cubierto de oro, guarnecido de perlas, y clavado sobre un atril de madera de aloe, alrededor del cual venian á dar siete vueltas de rodillas las fieles muchedumbres. Acercándome al muro, sentí que me faltaba debajo el pavimento: tan gastado está el mármol.

Al salir del nicho, me detuve largo tiempo para contemplar la bóveda y las paredes de la capilla principal, única parte de la mezquita que se conservó casi intacta. Es un centelleo deslumbrante de cristales de mil colores, un enredo de arabescos que confunde la mente, una complicacion de bajo-relieves, dorados, adornos, minuciosidades de dibujo y de colorido, de una delicadeza, de una gracia, de una perfeccion capaz de desesperar al más paciente pintor. Es imposible retener en la imaginacion nada de aquel portentoso trabajo; podeis ir cien veces á mirarlo, que no se os presentará delante de los ojos, cuando penseis en él, otra cosa que un hormiguero de puntos azules, rojos, verdes, dorados, luminosos, ó un bordado intrincadísimo, cambiando continua y rápidamente de diseño y de colores. Sólo de la fogosa é incansable imaginacion de los árabes podia salir semejante milagro de arte.

Comenzamos de nuevo á dar vueltas por la mez-

quita, observando aquí y allá sobre los muros los contornos de las antiguas puertas que se descubren poco á poco bajo el detestable revoque cristiano. Mis compañeros me miraban, reían y decíanse al oído no sé qué.

—¿No se ha dado V. cuenta todavía?—me preguntó uno.

—¿De qué?—Se miraron y sonrieron de nuevo.

—¿Cree V. haber visto toda la mezquita?—dijo el otro.

—Yo, sí,—contesté mirando en derredor.

—Pues bien,—exclamó el primero,—no lo ha visto V. todo; y lo que le falta que ver es nada ménos que una iglesia.

—Una iglesia!—exclamé estupefacto;—¿pero dónde está?

—Mire V.,—respondió el otro compañero, señalando,—está precisamente en medio de la mezquita.

—Santo cielo! Y yo no lo habia visto!

Júzguese por esto de la inmensidad de la mezquita. Fuimos á ver la iglesia. Es una linda y riquísima iglesia, con un altar mayor magnífico y un coro digno de figurar junto á los de las catedrales de Búrgos y Toledo; pero como todas las cosas puestas fuera de su sitio, mueve á indiferencia más bien que á la admiracion. Sin esta iglesia el aspecto de la mezquita sería mucho mejor. El mismo Carlos V, que dió permiso al Capitulo para construirla, se arrepintió de ello cuando vió por primera vez el templo mahometano. Al lado de la iglesia hay una especie de ca-

pilla árabe, admirablemente conservada, rica en mosaicos no ménos variados y magníficos que los de la Maksura, y en la cual es fama que se reunieron los ministros de la religion para discutir el libro del profeta.

Tal es la mezquita de hoy dia. Pero ¡cómo debia ser en tiempo de los árabes! No estaba cerrada alrededor por un muro, sino abierta de modo que desde cada una de sus partes se veia todo el jardin, y desde el jardin se veia hasta el fondo de las larguissimas naves, y el aire llevaba bajo las bóvedas de la Maksura la fragancia de los naranjos y de las flores. Las columnas que ahora son ménos de mil, eran mil cuatrocientas; el techo de madera de cedro y de laurel, esculpido y esmaltado con finísimo trabajo; las paredes estaban revestidas de mármol; la luz de ochocientas lámparas llenas de aceite perfumado hacía brillar como perlas los cristales de los mosaicos, producía sobre el pavimento, sobre los arcos y los muros un juego maravilloso de colores y reflejos. Un mar de esplendores, cantó un poeta, llenaba el misterioso recinto; y el grato ambiente estaba preñado de aromas y de músicas, y el pensamiento de los fieles vagaba y se perdía en el laberinto de las columnas, resplandecientes como lanzas heridas por el sol.

Federico Schack, autor de una preciosa obra titulada *Poesía y arte de los árabes en España y en Sicilia*, ha hecho una descripción de la mezquita en un dia solemne, que ofrece una imagen vivísima del culto mahometano y completa el cuadro del monumento.

A uno y otro lado del Alimbar, ó púlpito, ondean dos estandartes, en significacion de que el Islam ha triunfado del Judaismo y del Cristianismo, y de que el Corán ha vencido al antiguo y nuevo Testamento. Los *almuedanes* suben á la galería del alto minarete, y entonan el *selam* ó saludo al profeta. Entónces las naves de la mezquita se llenan de creyentes, que corren á la oracion con blancos vestidos y aspecto de fiesta. En pocos instantes no se vé por toda la extension del edificio más que gente arrodillada. Llega el Califa por el camino secreto que une el templo con el alcázar, y va á sentarse en su trono. Un lector del Corán lee un *sura* sobre el atril de la tribuna. La voz del *muezin* resuena nuevamente invitando á las oraciones del medio dia. Todos los fieles se levantan y murmuran sus rezos haciendo reverencias. Un servidor de la mezquita abre las puertas del púlpito, y empuña una espada con la cual, volviéndose hácia la Meca, ordena que se loe á Mahoma, en tanto que desde la tribuna ya lo celebran cantando los *mubaliges*. Sube entónces el predicador al púlpito, y toma de mano del servidor la espada, que recuerda y simboliza la sujecion de España al poder del Islam. Es el dia en que se ha de proclamar el *djihad* ó la guerra santa; el llamamiento de todos los hombres aptos para cómbatir, para descender al campo contra los cristianos. La muchedumbre escucha con religiosa devocion el discurso, entretejido de textos del Corán, que comienza así:

«Loado sea Allah que ha engrandecido la gloria del Islam merced á la espada del campeon de la fé,

y que en su santo libro ha prometido ayuda y victoria al creyente.

»Allah derrama sus beneficios sobre los mundos.

»Si no moviese á los hombres á lanzarse armados contra los hombres, la tierra se perdería.

»Allah ha ordenado combatir contra los pueblos hasta que conozcan que no hay más que un sólo Dios.

»Las llamas de la guerra no se extinguirán hasta el fin del mundo.

»Sobre la crin del caballo guerrero caerá hasta el día del juicio la bendición divina.

»Armaos con todas vuestras armas y partid.

»¿Qué será de vosotros, oh creyentes, si cuando se os llama á la batalla permanecéis con el rostro inclinado sobre la tierra?

»Preferireis la vida de este mundo á la futura?

»Creedme: las puertas del Paraíso están á la sombra de las espadas.

»Aquel que muere en el combate por la causa de Dios, limpia con la sangre que derrama todas las manchas de sus pecados.

»Su cuerpo no será lavado como los otros cadáveres; porque en el día del juicio sus heridas exhalarán fragancia como el musgo.

»Cuando los guerreros se presenten á las puertas del Paraíso una voz preguntará desde dentro:— Qué habeis hecho en vuestra vida?

»Y ellos responderán:—Hemos blandido el acero en la lucha por la causa de Dios.

»Entonces las puertas eternas se abrirán, y los

guerreros entrarán cuarenta años ántes que los demás.

»Alzaos, pues, creyentes: abandonad mujeres, hijos, hermanos y riquezas, y corred á la guerra santa.

»Y tú, oh Dios y Señor del mundo presente y del mundo futuro, combate por los ejércitos de aquellos que reconocen tu unidad. Aterra á los incrédulos y á los idólatras y á todos los enemigos de tu santa fe. Abate sus estandartes, y entrégalos con cuanto poseen á los musulmanes.»

El predicador, apénas terminado su discurso, exclama volviéndose á la congregacion:—Rogad á Dios, —y reza en silencio. Todos los fieles siguen su ejemplo con la frente sobre el suelo. Los *mubaliges* cantan:—Amen, amen, oh Señor de todo lo criado!—Ardiente como el calor que precede á la próxima tempestad, el entusiasmo de la multitud, oculto primero bajo un silencio asombroso, prorumpe entónces en sorpresivos murmullos que alzándose como las ondas y despertando los ecos del templo, hacen finalmente resonar por las naves, las capillas y las bóvedas el eco de mil voces unidas en un sólo grito:—No hay más Dios que Allah...

La mezquita de Córdoba es todavía por consentimiento universal el más hermoso entre los templos musulmanes, y uno de los monumentos más admirables del mundo.

Cuando salimos de la iglesia habia ya pasado, y con ella un buen rato, la hora de la siesta, que en

las ciudades de la España meridional duermen todos, y que es de precision dormir durante las horas más calurosas.—Ay!—decia yo á mis compañeros,—qué mal está el sombrero de copa por las calles de Córdoba... Cómo teneis valor de pegar el figurin de la moda sobre este precioso cuadro oriental? Por qué no os vestís de árabes?

Cruzaban pisaverdes, obreros y muchachos, y á todos los miraba con grande curiosidad, esperando encontrar alguna de aquellas fantásticas figuras que Doré presentó como muestra del tipo andaluz: con aquel moreno oscuro, aquellos gruesos labios, aquellos grandes ojos. No los encontré. Caminando hácia el centro de la ciudad ví á las primeras andaluzas, señoras, doncellas y mujeres del pueblo, casi todas pequeñitas, sutiles, bien hechas, algunas de ellas hermosas, muchas simpáticas, la mayor parte ni carne ni pescado, como en todos los países. En el vestir, fuera de la llamada mantilla, ninguna diferencia de las mujeres francesas y las nuestras; gran volúmen de cabellos postizos en trenzas, bucles y tirabuzones; faldas estrechas, con bullones y puntillas rizadas, y botitas con el tacon de punta de puñal. El antiguo traje andaluz ha desaparecido de las ciudades.

Creí que al caer de la tarde estarian las calles llenas de gente; pero no ví sino muy poca, y sólo en los barrios principales; las demás calles permanecieron desiertas como durante las horas de la siesta. Son esas precisamente las calles por donde conviene que uno pase para gozar del aspecto nocturno de

Córdoba. Vense brillar las luces en los patios; en los ángulos oscuros amorosas parejas que se estrechan en íntimo coloquio: la jóven por lo comun á la ventana, con una mano abandonada muellemente fuera de la reja; el galan junto á la pared, en actitud poética y con los ojos alerta, aunque no tanto que consiga despegar de aquella mano sus labios antes que lo advierta el transeunte; y se oye el son de las guitarras, el susurro de las fuentes, suspiros, risas de niños y murmullos misteriosos...

A la mañana siguiente, turbado todavía por los sueños orientales de la noche, volví á correr vagando la ciudad. Se necesitaría un volúmen para describir todo lo que hay en ella de notable: es un verdadero museo de antigüedades romanas y árabes, donde se encuentra profusion de columnas miliarias, inscripciones en honor de los emperadores, restos de estatuas y de bajo-relieves, seis puertas antiguas, un gran puente sobre el Guadalquivir, del tiempo de Octavio Augusto, reconstruido por los árabes, ruinas de torres y de muros, casas que pertenecieron á los Califas, y que conservan las columnas y los arcos subterráneos de las salas de baño: por todas partes escaleras, vestíbulos y puertas que harían las delicias de una legion de arqueólogos.

Hácia medio día, pasando por una callejuela solitaria, ví escrito sobre la pared de una casa junto á una lápida romana: *Casa de huéspedes. Almuerzos y comidas.* Con la lectura de este letrero me vino el estímulo, como dice Giusti, de tan baja hambre, que resolví saciarla en aquel escondrijo á donde me ha-

bia llevado la casualidad. Atravesé la puerta y me encontré en un patio. Era un patio mezquino, sin mármoles y sin fuentes; pero blanco como la nieve y fresco como un jardín. No viendo ni mesas ni sillas temí haber cambiado de puerta, y me dirigí hácia la de salida. Una viejezuela aparecida de no sé dónde me detuvo.

—Se come?—pregunté.

—Sí señor,—me respondió.

—Qué hay?

—Huevos, chorizos, chuletas, pescado, naranjas, vino de Málaga...

—Muy bien: tráigame V. de todo.

Comenzó por traerme la mesa y la silla, y yo me senté y esperé. De pronto oigo que abren una puerta detrás de mí, vuelvo la cabeza... Angeles del cielo, lo que ví! La más hermosa de todas las más hermosas andaluzas, no sólo de las que llevaba vistas en Córdoba, sino de las que ví despues en Sevilla, en Cádiz y en Granada; una muchacha, dejadme decir la palabra, tremenda, capaz de hacer huir ó de inspirar cualquier diablura; uno de aquellos rostros que á José Baretti le hacian gritar:—Pobre de mí!—cuando viajaba por España. Estuvo algunos momentos inmóvil, con los ojos fijos en los míos, como diciendo:—Admírame;—luego se volvió hácia la cocina y gritó:

—Tia, despáchate.

Lo que me ofreció ocasion de darle las gracias con la lengua embarazada, y á ella pretexto para acercarse, respondiendo: